

ya no hay de aquel hombre, en otros días toda actividad y movimiento intelectual, mas que huesos áridos, como dice un Profeta: *Ossa arida, ossa arida*; apartémoslas, para fijarlas, con un nuevo esfuerzo del alma, en el Sr. Espinosa, cuando vivía aún entre nosotros.

Hé aquí, señores, al sábio que anduvo siempre el camino de la verdad. *Ambulavit in veritate.*

## II

Nada mas natural ni mas justo, que ver ocupar á este hombre ilustre, un asiento en el Consejo del Obispo. Despues de haber hecho una oposicion brillantísima á una canongía de esta Santa Iglesia, el M. I. y V. Cabildo tuvo á honra el recibirlo en su seno; á honra, sí, porque sabia muy bien de cuánto era capaz su nuevo miembro, y cuánto mayor lustre daría al buen nombre de esa Corporacion. Y así fué y no podía ser de otra manera. Precedialo, al entrar al Cabildo, la fama de su aptitud y exquisito tacto para los negocios eclesiásticos. Acababa de arreglar, como uno de los comisionados al efecto, el arancel de las parroquias, y del mismo modo, acababa de conseguir, en el terreno de los principios y del derecho, y no sin graves peligros personales, un brillante y ruidoso triunfo sobre el gobierno de Zacatecas, que se resistia á la devolucion de los diezmos que habia usurpado. La prensa

dió á luz los famosos debates, y el público admiró la ciencia, la energía, la destreza y la dignidad del sábio representante del Cabildo de Guadalajara. Así que, los negocios mas arduos, las comisiones mas importantes, y todo aquello que demandaba el mayor tino, la mayor prudencia, y las mayores luces, se ponía en manos del Sr. Espinosa.

¿Trata la Catedral, por ejemplo, de organizar mejor las labores de sus oficinas, sus distribuciones y su servicio de coro; de embellecer más y más sus ornamentos, sus altares, y su siempre majestuoso culto? Pues nadie mas apto para ello que el Sr. Espinosa. Se entrega luego á los trabajos que se le confian, trabajos capaces de abrumar á cualquiera otra persona que no tuviera el temple de alma de ese hombre infatigable. Y ora excogita un sistema de contabilidad tan adecuado y tan peculiar al objeto propuesto, tan preciso y justo en sus resultados y aplicaciones, que se adopta en el acto y se sigue hasta hoy dia; y ora coordina, metodiza y da cuerpo á lo que llamamos *Cartilla de Coro*, obra de un estudio asaz prolijo, minucioso é intrincado y hasta ingrato en sí mismo; pero muy grato y solo practicable para el Sr. Espinosa, porque su adhesion á la Iglesia, su piedad y su celo por el decoro y buen gobierno de la casa de Dios, le hacian dulce esta especie de tareas, y le inspiraban esa asiduidad en el trabajo y esa perseverancia admirable, que lo llevaban siempre al logro del fin intentado. No

necesito añadir que esa obra, suya en la principal y mejor parte, fué recibida y aprobada con alta estimación y aplauso.

Y en cuanto al embellecimiento del templo y el esplendor del culto, ¿qué no haría aquel para quien la Iglesia eran sus delicias, Dios su fé y su amor, y la Virgen Purísima, su vida y su esperanza? Cuando ese insigne sacerdote tuvo bajo su cuidado el templo de San Diego, invirtió en decorarlo mas de cuatro mil pesos de su propio peculio: ¿pues qué no invertirá en la Catedral, su Iglesia propia y su esposa de por vida, con mejores elementos que en San Diego, y dado que puede por sí mismo y por el Cabildo que lo nombra tesorero, engalanarla y ofrecerle hermosas joyas de gran valía? El tesoro de la Iglesia de Jesucristo, tiene siempre la propiedad maravillosa de multiplicarse como los panes y los peces del Evangelio, y eso sucedía singularmente con el tesoro en manos del Sr. Espinosa. Y no es esto lo que mas sorprende, sino el que casi nunca gravaba el fondo que administraba de la Catedral, en los cuantiosos gastos que hacía para presentarle los objetos mas preciosos, que por fin eran un obsequio particular de él.

Cuanto su buen gusto y su amor á la Iglesia hablaban mas digno de ella, sea por el mérito artístico, sea por la riqueza y el valor intrínseco de las cosas, tanto procuraban alcanzar á toda costa. Decía que á los piés de Jesucristo deben rendirse,

en señal de adoracion y vasallaje, los mas grandes tesoros de la tierra, á ejemplo de aquellos sabios reyes del Oriente, que ofrecieron incienso y oro al Dios-Niño, y por eso unas veces era una vestidura, brillante de seda y oro, la que regalaba á su Iglesia, otras un magnífico sotabanco de plata para el antiguo y rico altar mayor, otras un objeto sagrado de primorosa estructura, ó sea una custodia cubierta de una cascada de pedrería, ó bien algun cuadro del pincel de un gran maestro.

Su munificencia para con la Iglesia no tenía límites. El órden de ideas que vengo siguiendo, me fuerza á adelantar sucesos que tuvieron lugar ya en la época de su episcopado. Ese magnífico altar de mármol, que en medio de este templo se levanta á nuestra vista, publicará siempre la gran piedad y desprendimiento del ilustrísimo señor Arzobispo Espinosa, pues él dió una parte muy considerable de la fuerte suma erogada en la construcción de ese monumento, traído desde Génova. Ese bellissimo enverjado que cerca el átrio de nuestra Catedral, y la gran cruz de hierro que corona el ático de su frontispicio, obras costosísimas, se hicieron á expensas del Sr. Espinosa. Esa capilla que pronto quedará concluida y dedicada á la Purísima Concepcion de María, es un pensamiento del Sr. Espinosa, que no tuvo tiempo de realizar; pero que continúa y realiza su dignísimo sucesor.

En fin, señores, por todas partes ha dejado aquí viva su memoria ese ilustre difunto, é impresa su piedad con signos indelebles. "Anduvo tanto en la verdad como en la justicia;" en la justicia, sí, porque nada mas justo que ofrecer á la Iglesia lo que viene de la Iglesia, que dar á Dios lo que es de Dios. *Ambulavit in justitia.....*

Es tiempo ya de que lo veamos, por último, en el grado altísimo donde lo colocó la Providencia divina: en la plenitud del sacerdocio, en el episcopado. Bajo este aspecto se puede considerar mejor y mas de lleno que hasta aquí, la parte mas bella de su ser, la parte moral. Nos hemos fijado, con mas ó menos detenimiento, en las obras de su inteligencia y de su religiosidad; pero aun no vemos bien su corazón. ¡De cuántas virtudes lo encontraremos perfumado!

## III

Subió el Sr. Espinosa á la dignidad episcopal, y en este acontecimiento hubo lo que raras hay: los deseos, los pareceres y los juicios de los hombres, estuvieron perfectamente acordes con las disposiciones de Dios. Nadie dudaba que un hombre tan distinguido; que, por enfermedad ó ausencia del Illmo. Sr. Aranda, habia ya gobernado varias veces la Mitra, con tanto acierto; que habia en mil ocasiones ilustrado al Superior Gobierno Eclesiástico con sus consejos y

sus dictámenes sapientísimos, y que, por fin, era el Vicario Capitular, electo por unanimidad de votos; nadie dudaba, digo, que un hombre de semejantes tamaños, seria preconizado Obispo de Guadalajara por la Santa Sede. Así es que, la noticia de la nueva eleccion, la llegada de las Bulas, y la consagracion del Sr. Espinosa, fueron cosas que á todos regocijaron; pero que á nadie sorprendieron. Dios consolaba la viuded de la Iglesia, dándole el esposo que todo el pueblo señalaba como el mas digno y el mas apropósito para regirla en los tiempos difíciles que llegaban.

Solo el nuevo Obispo no participaba del contentamiento general: en su modestia y humildad, juzgaba que la Mitra era una carga superior á sus fuerzas, y si la aceptaba, era nada mas que por obedecer la voluntad divina. Su mirada penetrante sondeaba el porvenir, y divisaba un espantoso cúmulo de calamidades para la Iglesia y la patria. De manera que no recibió la Mitra sino como una corona de espinas. Su gran ciencia consistia, en suma, en no saber sino á Jesucristo, como decía el Apóstol, y solo por Jesucristo, su modelo perfectísimo, se resolvió por fin, á poner sobre su cabeza esa corona. Y como de Jesucristo mismo esperaba valor y fortaleza, estaba resignado y sereno.

Fué el 8 de Enero de 1854, cuando lo vimos consagrarse aquí mismo, en medio del inmenso júbilo del pueblo, y en medio de la gran pompa que la

Iglesia sabe desplegar en esa imponente solemnidad de sus místicas nupcias, y fué el 15 del mismo mes cuando tomó formal posesion de su elevadísima dignidad.

De intento cito esas fechas para que recuerdeis que los actos mas solemnes de su vida, eran en dias consagrados á la Virgen Santísima, bajo cuyo amparo entraba á gobernar la diócesis de Guadalajara. María era la estrella que lo guiaba y el escudo que lo defendia. ¿Cómo no habia de marchar resueltamente, por mas que se acercara bramando la tempestad revolucionaria? Recordad tambien que ese propio año de 54, fué el que cerró la época de alguna paz para la Iglesia mexicana. Pronto iban á llegar para ella los dias de las pruebas terribles y de la persecucion mas deshecha, los dias en que se necesitaba, mas que nunca, que el obispo supiera empuñar la espada de San Pablo, *et eos qui contradicunt arguere*, y rebatir y vencer, como dice el mismo Apóstol, á los desobedientes, á los decidores de vaciedades y de palabras, de puras palabras seductoras. ¿Quién mas competente para esta lucha que el sábio y virtuoso Sr. Espinosa?

Fué, no cabe duda, palpablemente providencial su eleccion para el episcopado. Dios que asiste siempre á su Iglesia, le preparó y eligió para que la gobernara en la hora del peligro, á un hombre que sabría estar á la altura de la situacion. Dios que

amaba mucho á su elegido, le proporcionó, como á Job, que se purificara más y más, y adquiriera mayor gloria, en el crisol de la tribulacion. Callaré, yo, señores, para que hablen ya los hechos con su lenguaje mas alto y elocuente que el de todos los discursos.

El Sr. Espinosa abarcó, al primer golpe de vista, lo que pasaba dentro y fuera del santuario, é hizo lo que debió hacer. Por fuera era el santuario rudamente asaltado, y lo defendió de los asaltantes, sin retroceder ni un paso. Dentro del santuario eran esperadas con ánsia las palabras y las disposiciones del nuevo prelado, en la terrible crisis por que se atravesaba, y dictó luego diversas medidas encaminadas á que se conservara en toda su pureza y vigor la disciplina eclesiástica; á que se reanimasen la piedad y el fervor de los fieles; á que se predicara la paz, perturbada entre los hermanos, en hora aciaga; á que se atrajese con la mayor caridad á los extraviados, y á que cada uno llenase sus respectivos deberes. Si por una parte se hacia llamada al desórden, á la revuelta, al libertinaje, y á todas las malas pasiones, para que se arrojara muy léjos el yugo del Cristo y todo freno, y para que se intentara un completo desquiciamiento religioso y social; por parte de la Iglesia, representada por sus pastores, se exhortaba á todos vívamente y de mil maneras, á la obediencia, á la mejora de las costumbres y á que permanecieran fuertemente ad-